

LA TERCERA

Avenida Vicuña Mackenna 1870, Santiago de Chile.
Impreso en Santiago por Copesa Impresores SA, quien sólo tiene calidad de impresora.
Teléfono de Atención a Suscriptores: 600 8 372 372

Director: Cristián Bofill Rodríguez
Editor General: Felipe Contreras Pedreros
Representante Legal: Francisco Sánchez Barros

Manifestaciones y fortaleza de la democracia

Las protestas ciudadanas -encauzadas por la vía del respeto a la ley y a los demás- son una señal de la salud del sistema democrático, no de su crisis.

PARA HOY está previsto que se realice la tercera marcha de protesta contra el proyecto HidroAysén, que se suma a otras manifestaciones callejeras recientes con motivo de distintas demandas estudiantiles y del discurso presidencial del 21 de mayo. El hecho de que algunas de estas protestas hayan convocado a un número apreciable de personas y de que se hayan concentrado en pocas semanas, ha llevado a algunos actores políticos y analistas a ver en ello el síntoma de carencias estructurales del sistema democrático, que a su vez reflejarían aspiraciones sociales y políticas insatisfechas de parte importante de los ciudadanos.

Según esa lectura, la democracia -no sólo la chilena- adolecería de falta de representatividad y de una escasez de canales de expresión de la voluntad ciudadana que, en el fondo, causarían un divorcio entre gobernantes y gobernados. Esa argumentación es sustentada con ejemplos tan dispares como las protestas de los desempleados españoles o las protestas ocurridas en varias naciones árabes.

Es obvio que temas como HidroAysén tienen una gran capacidad de movilizar a la opinión pública, hoy muy sensibilizada respecto de la problemática medioambiental y las políticas del Estado en esa materia. Sin duda, el sistema político puede -y debe- encontrar maneras de canalizar el creciente interés ciudadano por informarse, opinar y actuar sobre estos asuntos. Asimismo, tampoco puede haber dudas en cuanto a que el sistema es perfectible y puede acomodarse de mejor manera al deseo de participación de los ciudadanos en las materias que les interesan. Pero parece equivocado concluir que hechos como los descritos apuntan a una crisis

profunda del sistema político.

Antes bien, esa mirada parece reflejar ciertas predisposiciones ideológicas en quienes la defienden, y no la constatación empírica de la realidad que pretende describir. De hecho, a partir de esa lectura se proponen sistemas alternativos que, promoviendo una aparente profundización de la democracia -por ejemplo, pretendiendo plebiscitar cualquier decisión relevante-, tienen por efecto precisamente debilitarla, tal como es posible apreciar en la experiencia de los países que han seguido esa vía.

No son éstos los remedios para superar las carencias que puedan aquejar a la democracia. Al contrario, el ejemplo de la participación electoral en los recientes comicios españoles, mayor que en la elección anterior, sugiere un sólido nivel de confianza en la capacidad de la institucionalidad democrática para procesar las demandas que se le hacen. Más que una crisis de la democracia, la derrota del PSOE parece el tradicional voto de castigo a una mala gestión del partido gobernante frente a la coyuntura económica, con la consecuente ganancia para la oposición.

Hay que llamar la atención sobre el daño que causa, al buen funcionamiento de las instituciones, el que, ante decisiones o políticas no compartidas, se busque revertirlas por la vía de descalificar su funcionamiento o de hacer una lectura errónea y tendenciosa de la realidad social. El derecho a manifestarse es un pilar de la democracia y las protestas ciudadanas -encauzadas por la vía del respeto a la ley y a los demás- deben entenderse como una señal de su fortaleza, no de su debilidad. Aunque perfectible, nuestra democracia permite el espacio y entrega los mecanismos para que la ciudadanía ejerza plenamente sus derechos y se beneficie de sus libertades.